

Aquel que viene de las periferias



José Luis García Cantillano

Colección: Poesía

Aquel que viene de las periferias

José Luis García Cantillano

Ya sin tus costumbres

Ya ves, me hace mal esta costumbre,
despertar y tomar el café,
releer noticias de ayer,
ordenar páginas sueltas,
guardar las recetas y los consejos
de jardinería...

Sin cordón en los zapatos salgo a caminar,
por caminos de nudos y lazos voy silbando,
también pensando,
concibiendo argumentos y razones,
y aunque pecadora siempre te hallo
no hay santa mejor que tú.

... y caminando...

He caminado pesado de recuerdos,
mi nombre en tu voz alegre,
tu abrazo de esperas inquietas
y tu perro salchicha mordiendo mis zapatos.

Hoy, en esta noche de cabellos rizados,
decido matarte dando vueltas en la cama.
Si este insomnio es tu culpa,
mi venganza será no soñarte.

Mi venganza será despertar y tomar el café,
pero ya sin tus costumbres,
sin el riesgo de correr indigestado,
sin el oficio de releer las recetas de comidas
que nunca aprendiste hacer.

Sin ti, tengo más posibilidad de vida.

No me preguntes por qué te amo

No me preguntes por qué te amo
ni te molestes conmigo si no respondo,
simplemente tengo mil respuestas
y todas caben en la ternura de un beso.

No me preguntes por qué te amo,
porque en mí el canto del amor es silente,
callan las voces y en tregua quedan
al tocarte con los versos de mi alma.

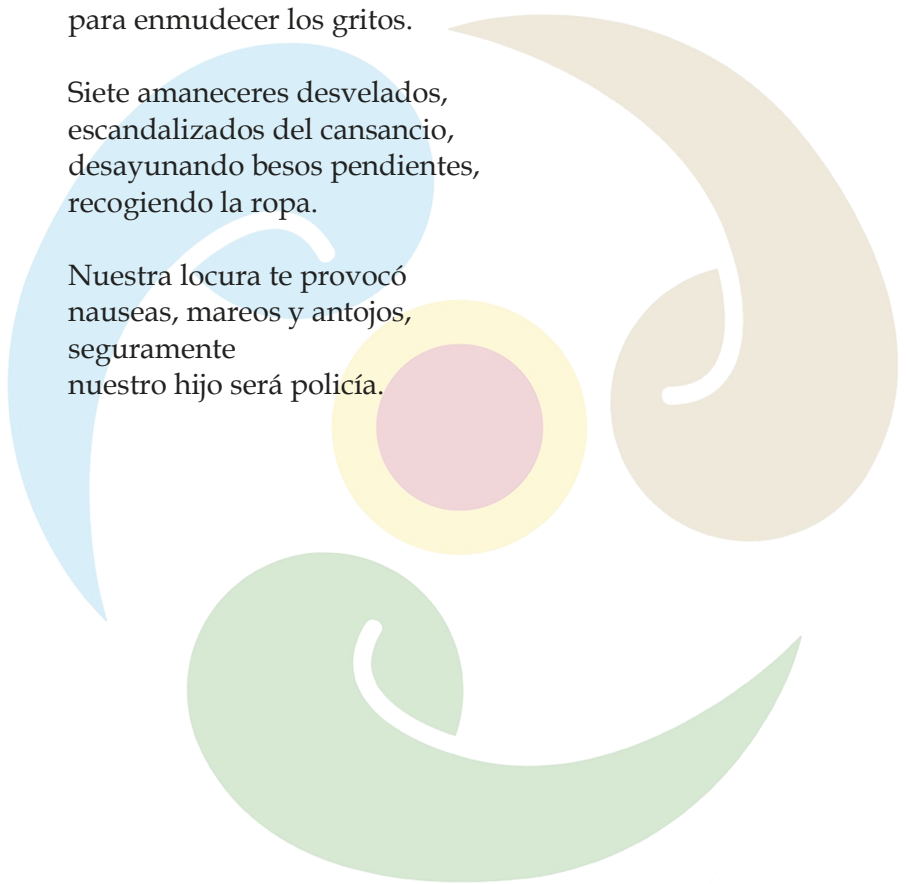
No me preguntes por qué te amo,
que mi silencio no angustie tu corazón,
deja que mis manos hablen en tu piel
y sabrás del amor tanto como yo.

No me preguntes por qué te amo,
respóndeme tú,
proclama con tus labios en los míos
y que el amor nos viva para siempre.

Siete noches sin dormir,
somos como gatos embramados
rasguñando la inocencia del alma,
mordiéndole la almohada
para enmudecer los gritos.

Siete amaneceres desvelados,
escandalizados del cansancio,
desayunando besos pendientes,
recogiendo la ropa.

Nuestra locura te provocó
nauseas, mareos y antojos,
seguramente
nuestro hijo será policía.



Hombres en la raya amarilla

Ahí va el hombre;
aquel que viene de las periferias
masticando ilusiones en su mente
para resolver el día con migajas
que para los demás es nada
pero para él lo es todo.

Ahí va el hombre, caminando
por la raya amarilla que solo transitan
los honrados;
van muchos adelante
y otros muchos atrás.

Su vida es entre motores,
entre el ruido de los que pasan
también a conquistar la vida,
los que van de prisa sobre ruedas
y los que -como él- van despacio,
soportando en cada paso
la brasa de un incendio que no se apaga.

Ahí va el hombre,
anunciando los titulares de primera plana:
de las realidades amargas,
de los que viven en el riesgo del cauce,
de las utopías sociales:
que un maestro, un médico,
gane más que un diputado.

Y así va el hombre de arriba-abajo,
vaciando su voz desperdiciada en el ruido.

Este hombre del que les hablo
hace su descanso de pie,

en la brevedad de un cambio de luces,
luego sigue caminando alerta,
presuroso y siempre sospechoso.
Le teme a la sombra de los árboles
que no tienen la fortuna de la fotosíntesis,
porque la vida le enseñó
que el hambre no permite escena
que no sea otra que la desesperación.

Este hombre del que les hablo,
murió bajo un árbol de la vida
creyendo que las luces eran estrellas.
En silencio, pero no indiferentes,
pasan otros muchos hombres como él,
se detienen para sentir la punzada del dolor.

Luego se marchan
cargando en sus hombros
el peso de su sed: agua.

Fotografía rural

El día empieza
cuando el gallo canta,
aun cuando las voces agudas
de la orquesta nocturna
no llegan al compás del silencio en cuatro tiempos
de la polifonía escrita en sol bemol.

Despierta el campesino,
sale de su cuna de sueños
y ordena su mundo:
el sol está arriba,
la tierra abajo
y Dios en todos partes.

Se ampara la mujer en la tímida luz de un candil
y arde su frío de madrugada en el alma del fuego,
en el afán que se convierte en danza,
ritmo que marca las pausas
cuando va de la piedra al fuego;
solo ella entiende el alma de las cosas,
porque es su alma sencilla y pura
como el sabor del pinto y del café.

Él sale a conquistar la vida, a preñar la tierra,
a seducir al sol...

Va con su salbeque al hombro
silbando el canto de un pájaro,
sin resistirse a las vueltas que da el camino.
No asume los atajos como algo necesario,
simplemente camina y paso a paso
lo consume la distancia,
hasta ser como el campo.

Así le entrega su piel al sol
pero su mente, sus manos, su corazón
le pertenecen a la tierra;
su afán germina en cada surco
crecen y florecen sus ilusiones,
aun cuando de su frente resbalan
las cansadas gotas de sudor,
aun cuando el Spodoptera frugiperda
pronto, pronto
se comerá la espiga.

